



Pluralidad de identidades

Después de haberles escrito desde Santiago de Chile, Santiago de Compostela, Barcelona y Roma, toca esta vez quedarse en casa contemplando la nieve de la sierra de Guadarrama brillando al sol de la primavera. No está de más pararse un poco y tomar el tiempo de preparar las clases que he empezado a dar en el campus de Somosaguas, que dejé hace 32 años para ir a trabajar con Miguel Boyer en el Ministerio de Hacienda.

El regreso a las aulas es como recorrer marcha atrás el túnel del tiempo y volver a un entorno que apenas ha cambiado. El pabellón prefabricado que a finales de los 80 acogía provisionalmente a la nueva Facultad, sigue allí convertido ya en una instalación definitiva. Los estudiantes me parecen muy jóvenes, pero se trata de un efecto óptico: ellos no son más jóvenes que mis alumnos de hace un tercio de siglo, soy yo el que les debo parecer mucho más viejo.

Entonces empezábamos la modernización de la España democrática para que no la reconociera “ni la madre que la parió”, que era la consigna de Alfonso Guerra a la banda de jóvenes subsecretarios y secretarios generales. Y hoy duele ver cómo la crisis nos está haciendo perder buena parte del progreso conseguido, aumentando las desigualdades y con el grave riesgo de dejar a un tercio de la sociedad marginada y enquistada en la pobreza. Las heridas de la crisis tardarán en cicatrizar y buena parte de mis estudiantes de hoy no tendrán las oportunidades que tuvieron los de ayer. Una generación con una carrera laboral precaria, intermitente, que no acumulará derechos de jubilación y que conformará una nueva clase social, la del *precariado*, caracterizada



F. MORENO

por la inseguridad.

En efecto, los sociólogos advierten de que el coste más grave de la crisis recaerá sobre la franja de edad entre los 18 y los 34 años. Las cifras muestran que, desde el primer trimestre de 2008, la población ocupada en esas franjas de edad ha disminuido entre el 40% y el 60%. Estas nuevas condiciones de vida les crearán una nueva identidad, una nueva forma de entender su pertenencia social y su participación en la acción colectiva. Porque las identidades no las define sólo la pertenencia a un territorio, a una tradición histórica o a la práctica de una lengua, como creen los nacionalistas. Las condiciones sociales del presente también contribuyen a forjarla, como demuestra el efecto de la crisis en el incremento de las posiciones favorables a la independencia en Catalunya.

Para oír hablar de identidades dejé mi refugio serrano para escuchar en las Cortes (otra vuelta atrás en el tiempo) a Stéphane Dion, exministro de Asuntos Intergubernamentales del Canadá y autor de la *Clarity Act*, la ley que regula los referendos de autodeterminación en Quebec.

Según el Sr. Dion, el mejor argumento contra el separatismo es la

identidad plural. Es mejor tener varias identidades que una sola. En el mundo actual la identidad plural es una ventaja. Al tomar posesión de la Presidencia del Parlamento Europeo me definí como catalán, español y europeo. Pero los que llenaron de grafitis una vieja masía en mi pueblo clamando que “aquí *només som catalans*” no eran de la misma opinión.

Según Dion, la única manera de frenar el separatismo es ganar la batalla de las identidades. Y de nada sirve conceder ventajas al territorio que quiere separarse porque eso no vencerá a los separatistas, que no quieren más ventajas, sino construir su propio país con un Estado que proteja su monoidentidad. Y cuanto más poder se les ceda, más cerca verán la independencia. Si Quebec sufriera ahora los mismos niveles de crisis que sufre Catalunya, muchos más buscarían en la independencia una solución mágica a sus problemas.

Para el artífice de la *Clarity Act*, la pregunta que Mas ha propuesto para la consulta soberanista en Catalunya no sería considerada una pregunta clara en Canadá, requisito imprescindible para autorizar un referéndum. Nos recuerda que en Canadá no existe el derecho a la autodeterminación, aquí llamado a *decidir*, pero sí el derecho a expresar su opinión, es decir, a ser consultado. Consulta y derecho a decidir no son, pues, conceptos equivalentes, aunque se mezclan y confunden por unos y por otros según convenga. Y, finalmente, no tiene sentido construir un Estado federal si las partes no sienten ni practican la lealtad federal, si no se sienten parte de un todo aun guardando su propia identidad. Es decir, si no se vive de una forma enriquecedora y positiva una identidad múltiple. Y, a fin de cuentas, en eso debe consistir ser europeo. ●

Los sociólogos advierten de que el coste más grave de la crisis recaerá sobre la franja de edad entre los 18 y los 34 años